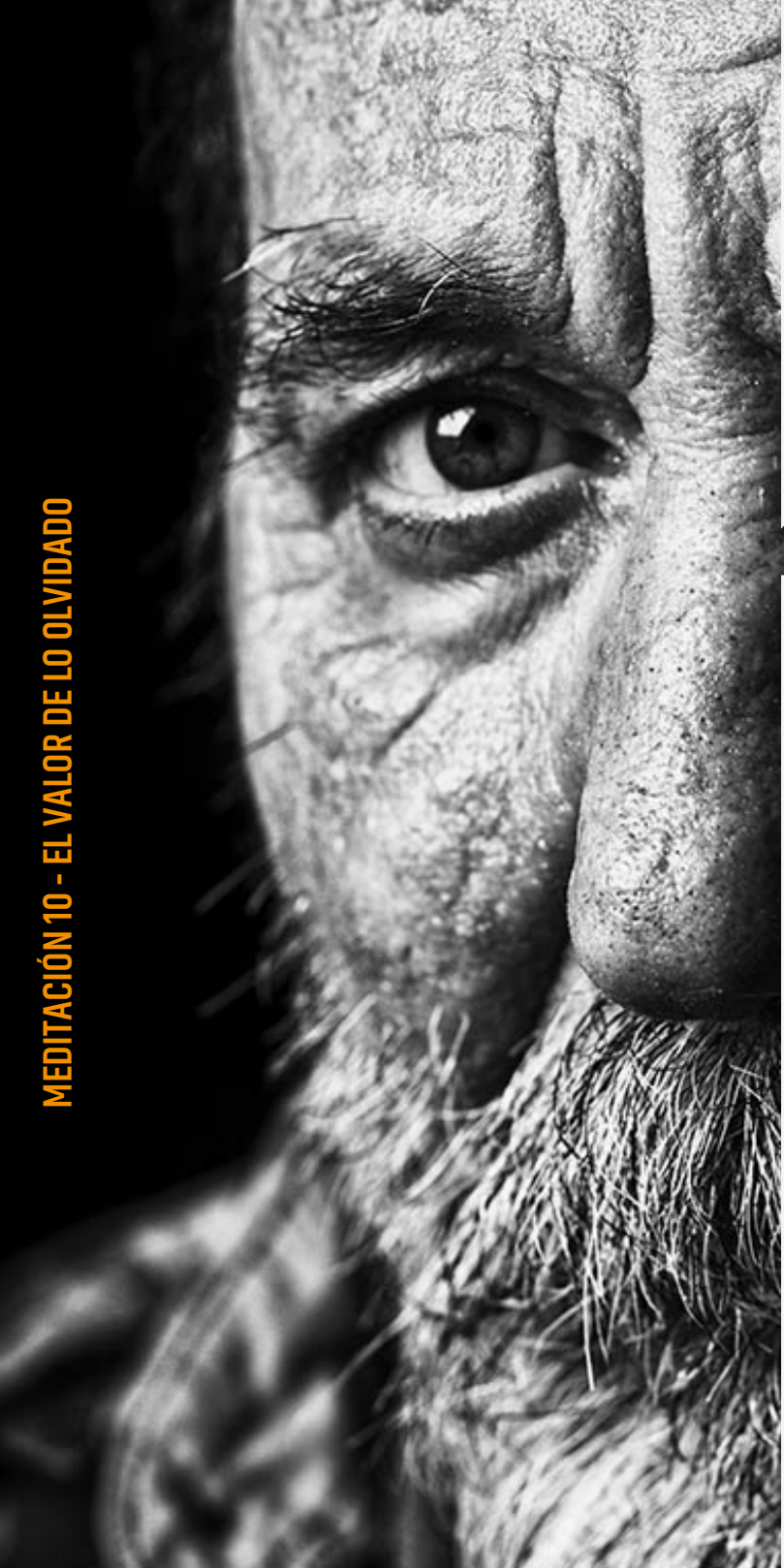


MEDITACIÓN 10 - EL VALOR DE LO OLVIDADO



**Los
AN
CIA
NOS,
un tesoro
inadvertido**

P. Juan Jaime Escobar Valencia, Sch. P.



Si se llevasen el miedo y nos dejasen lo bailado
para enfrentar el presente,
si se llegase entrenado y con ánimos suficientes,
y después de darlo todo,
—en justa correspondencia—,
todo estuviese pagado,
y el carné de jubilado
abriese todas las puertas,
quizá llegar a viejo sería más llevadero,
más comfortable, más duradero.

Si el ayer no se olvidase tan deprisa,
si tuviesen más cuidado en dónde pisan,
si se viviese entre amigos que, al menos,
de vez en cuando pasasen una pelota,
si el cansancio y la derrota
no supiesen tan amargo,
si fuesen poniendo luces en el camino
a medida que el corazón se acobarda,
y los ángeles de la guarda
diesen señales de vida,
quizá llegar a viejo sería más razonable,
más apacible, más transitable.

Si la veteranía fuese un grado,
si no se llegase huérfano a este trago,
si tuviese más ventajas y menos inconvenientes,
si el alma se apasionase, el cuerpo se alborotase
y las piernas respondiesen,
y del pedazo de cielo reservado
para cuando toque entregar el equipo
repartiesen anticipos a los más necesitados,
quizá llegar a viejo sería todo un progreso, un buen remate,
un final con beso.

En lugar de amontonarlos en la historia
convertidos en fantasmas con memoria.
Si no estuviese tan oscuro a la vuelta de la esquina,
O, simplemente, si todos entendiésemos
que todos, todos llevamos un viejo encima.»

(Joan Manuel Serrat)

Durante siglos los ancianos fueron la riqueza de los pueblos, el tesoro de las sociedades. Los ancianos conocían historias y misterios, eran consejeros y jueces, poseían los secretos de la naturaleza o de la incipiente medicina. Eran valorados y apreciados en sus familias y aldeas y a los niños y jóvenes se les enseñaba a venerarlos y a sentarse a sus pies para aprender de su sabiduría. Las largas noches alrededor del fuego se pasaban escuchando de sus labios viejos relatos que hablaban de los orígenes, de aquello que nos une y nos convoca a todos como miembros de un pueblo y, aún más, de aquello otro que nos une en una misma suerte con la naturaleza y que nos vincula con ese Otro Absoluto que es Dios. Los ancianos eran belleza, eran amor de familia, eran ciencia y luz, eran experiencia de intensa fe, eran modelo para la juventud, eran lugar de peregrinación, pues valía la pena dejar otras cosas para visitar a un anciano, para aprovechar su resplandor antes de que se apagara, para recibir su amor antes de que se marchara, incluso, para disfrutar del sabor único que tenían sus relatos o sus comidas inolvidables. Y, entonces, llegó el final del siglo XX y los ancianos fueron arrinconados en la buhardilla del mundo, como reliquias superadas, como aparatos en desuso, como artículos descartados, como presencias que estorbaban.

Así surgió la época en la que lo políticamente correcto era ser joven, hablar como joven, mantenerse joven, tener hábitos de joven, vestirse como joven, halagar a los otros diciéndoles lo jóvenes que parecen, lo jóvenes que están, lo jóvenes que se mantienen. Productos para una piel joven, alimentos para tonificar los músculos y endurecer los huesos y así prolongar la juventud, bebidas sanas para rejuvenecer las células, gimnasios para mantener joven el cuerpo, juegos con desafíos intelectuales para hacer que la mente permanezca joven, potajes para ocultar las líneas de expresión y sustancias inyectables para borrar el paso del tiempo y mantener una eterna jovialidad. ¡Ah! Y oportunidades de trabajo para los jóvenes y despidos para quienes ya no lo fueran. Y, así, el mundo separado en las cosas de todos, que son las de los jóvenes (empleos, empresas, centros comerciales, bares, discotecas, rumbaderos, comidas rápidas, centros de opinión, posturas agnósticas o ateas, librepensamiento, bienestar, intelectualidad) y las cosas de ellos, de los ancianos, con su pasado retrógrado y atrasado, con su música vieja, su moda vieja, sus gustos y conversaciones viejas, sus comidas de antes, sus relatos que ya no importan, sus conocimientos irrelevantes, y sus rezos, oraciones y devociones que tanto estorban. Además, para intentar olvidar

que existe la ancianidad y que todos llevamos un viejo encima, se acuñó un inteligente eufemismo para hablar de los ancianos, sin llamarlos ancianos: adultos mayores. Y de esa forma, hasta en el lenguaje, los ancianos, ese inmenso tesoro, fue arrumado y llevado al lugar de los desechos.

Por esas paradojas e ironías de la vida, hoy, esta epidemia que atraviesa el mundo nos amenaza con dejarnos sin ancianos, y al darnos cuenta de esto, hemos tenido que tomar medidas para protegerlos y hemos confinado a los jóvenes en casa pidiéndoles, suplicándoles, que hagan por sus viejos, lo que los viejos tantas veces hicieron por ellos: cuidarlos. Acaso esta crisis nos ha traído un inmenso regalo: redescubrir el valor de nuestros ancianos, ese tesoro que pasó tanto tiempo inadvertido mientras duró y funcionó la orgía de la eterna juventud.

¿Por qué los ancianos son un tesoro?

- **Los ancianos son sentido y valor de la vida.** Justamente por ser ancianos, los ancianos son el testimonio de unas vidas que no se dieron por vencidas en ningún momento. No es que no hayan tenido infancias difíciles, no es que no hayan sufrido en la juventud, no es que no hayan atravesado momentos terribles de pérdida, sacrificios o penas. Lo que sucede, es que, en vez de autocompadecerse y sentir lástima de sí mismos, y en vez de ponerse a hacerse cortes en los brazos y a desearse la muerte a los quince años, siguieron viviendo y mantuvieron valientemente la determinación de seguir hasta el final, cuando fuera el final, y no antes del final. Por eso, los ancianos, con su sola presencia, nos recuerdan que la vida es valiosa y que tiene sentido vivirla toda ella y no rehuir el desafío de asumirla por dura o difícil que ésta sea.
- **Los ancianos son sabiduría.** Es verdad, los libros, las academias y las universidades dan conocimientos y las redes ofrecen grandes cantidades de información; pero la sabiduría es otra cosa, otra cosa mucho más importante y más trascendental. La sabiduría es saber vivir, saber trabajar, saber aprender,

saber amar. La sabiduría es aprovechar todo lo sufrido, padecido y experimentado, para al fin saber de qué arrepentirse, qué no repetir, y, en cambio, qué hacer y cómo hacerlo. La sabiduría eleva la calidad de la vida humana, enaltece la convivencia, comprende el valor del poco tiempo del que disponemos y por eso, justamente por eso, deja de desperdiciar oportunidades y aprovecha el instante inefable que la vida nos da.

- **Los ancianos son generosidad.** Hubo un tiempo en que vivieron preocupados por sí mismos. También se desgastaron defendiendo su espacio, su tiempo, sus cosas, sus intereses, queriendo prevalecer sobre los otros, dando la pelea por la defensa de su ego. Pero los muchos años les hicieron entender la felicidad de hacer felices a los demás y, por eso, los ancianos son los que dejan la mejor parte para los otros, los que llevan al colegio a los niños en la mañana, los recogen en la tarde y los cuidan hasta llegada la noche, los que reclaman poco lo suyo, los que nos recuerdan que hay que ser caritativos con los otros, los que reparten sus herencias en vida, los que todos los días rezan por las necesidades de los demás.
- **Los ancianos son amor.** Ingenuamente creemos que tenemos todo el amor del mundo cuando somos jóvenes. Lo que llamamos “amor” en esas épocas, es, en verdad, un elegante egoísmo refinado detrás del cual ocultamos nuestro deseo de poseer a otros, de lucrarnos de lo que los otros nos ofrecen, de alimentarnos de lo que los otros nos pueden dar, de disfrutar de los placeres arrancados a los otros sin demasiados escrúpulos y sin pagar ningún precio. Por haber vivido tanto, por haberse equivocado tanto y, por lo mismo, haber aprendido tanto, por haber perdido lo perdido y cargar con las ausencias de los ausentes, los ancianos han purificado sus amores y se han vuelto ellos mismos amor. Por ahí dicen que cometemos tantos errores con los hijos, que los nietos son la oportunidad que Dios nos da cuando somos ancianos para ahora sí amar de verdad.
- **Los ancianos son alegría.** La alegría de los ancianos no proviene de lo que digan de ellos en redes sociales, ni de agrandar a sus pares ganándose su reconocimiento. De hecho, los ancianos ya no necesitan quedar bien con nadie. Su alegría no

depende de comprar artículos, porque ya no compran, ni de adquirir ropa, pues ya tienen la que necesitan, ni de hacer viajes, pues ya viajaron lo que iban a viajar, ni de adquirir nuevos dispositivos, ya que éstos les resultan incomprensibles y excesivamente complicados. Su alegría es poder ir temprano a Misa, rezar acompañados el Rosario, tener a los nietos alrededor de la mesa, recibir una llamada de los hijos, tener la certeza de que todos están bien y saber que el muchacho más joven, el que andaba en malos pasos, está volviendo a Dios.

- **Los ancianos son fe.** Ellos ya no tienen su confianza puesta en sus fuerzas, porque ya no tienen fuerzas; saben que su salud es precaria, que hay más días atrás que delante, que cada momento que todavía disfrutan es un milagro, que moverse a pesar de los dolores es un regalo de la vida, que lograr dormir más de cuatro horas es un portento, que todo lo vivido fue un don de Dios, que ya nada depende de su genialidad, pues tienen cada vez más olvidos y más incongruencias. Y porque saben todo esto que saben, los ancianos confían en Dios y se apoyan en Él; y Él es su consuelo al amanecer y su compañía en las largas noches en vela, y su apoyo para intentar salvar a los que aman sobre todo a esos hijos o nietos que no se quieren dejar salvar, y el recuerdo constante que los acompaña durante el día, y el amigo íntimo al que le dicen en secreto que se dé prisa porque están cansados y quieren irse a estar con Él. ¡Ah! Y los ancianos son los que saben porque lo saben que con Dios la muerte no existe, pues ésta es simplemente el umbral de la Eternidad.
- **Los ancianos son resiliencia.** Vivieron violencias, sufrieron guerras, pasaron por encuentros y separaciones, perdieron padres y hermanos, incluso hijos, tuvieron ganancias y tuvieron carencias, padecieron enfermedades y momentos de angustia, y, sin embargo, han aguantado, han soportado, han permanecido hasta hoy. Los jóvenes, a pesar de su inteligencia y creatividad, no tienen la más mínima idea de lo que es vivir en un mundo sin buenas noticias. En cambio, los ancianos, han vencido todas las malas noticias y han llegado con coraje y valentía hasta este momento que hoy todos compartimos. Ellos son la certeza no de que todo va

a salir bien, sino de que con fe y esperanza, y estando unidos, seremos capaces de permanecer, pues de las cosas más bellas de la humanidad es su capacidad de aguantar las penas y superar los infortunios.

Es cierto que habrá algunos ancianos que no saben ser ancianos. Los años los dejaron tal vez llenos de amargura, resentimientos o rencores. Pero éstos son los menos, porque los más, esos que son un tesoro, iluminan con sus canas y sus arrugas nuestras vidas y nos muestran la belleza y el esplendor de la auténtica humanidad.

En la primera Iglesia los cristianos se reunían por las casas. Allí en las casas recordaban las enseñanzas del Señor y volvían a hacer aquel gesto precioso del pan partido y el cáliz entregado. Cuando ya no hubo apóstoles porque los años pasaron y los martirios llegaron, los presbíteros se hicieron cargo de las nacientes comunidades y las sostuvieron con sus palabras y sus ejemplos, incluso con su propia vida entregada. Se dedicaron al servicio de todos, y en las mañanas brillantes de los domingos repartían el Cuerpo de Cristo para sostener la fe de los creyentes. Como dije, se llamaban “presbíteros”, palabra griega que en nuestra lengua significa simplemente, “ancianos”. Sí, los ancianos, ese tesoro que un virus nos quiere quitar y que nosotros hemos de proteger.



¡Qué bien sienta a las canas el juicio
y a los ancianos la ciencia para aconsejar!
¡Qué bien sienta a los ancianos la sabiduría,
y el consejo y la prudencia de la venerable ancianidad!
La experiencia es la corona de los ancianos
y su motivo de orgullo, es que aman al Señor.»

(Eclesiástico 25, 4-6).



®

Orden Religiosa de las Escuelas Pías

ESCOLAPIOS NAZARET

"Educación en Piedad y Letras"